

Memorias

En el segundo año, en **2007**, todo partía con un cortado en la cafetería atendida por la Sandra, el Papo y la Vivi, siempre apurados, aunque con tiempo para cada uno de nosotros. «¡Lo de siempre, a mi cuenta!», decíamos. (Obvio que había una cuenta, si vivíamos en la Escuela). Cigarro y café en mano nos topábamos con Garretón, que por cierto también tenía su café y su cigarro, probablemente el segundo o el tercero de la mañana, porque llegaba temprano a su taller.

Subíamos al segundo piso cargando unas carpetas gigantescas, destruidos después de haber pasado de largo y con las manos llenas de tinta escribiendo quién sabe qué con plumilla en una mesa de luz. Por las noches, cuando nos juntábamos en la casa de la Javi a trabajar, a veces alguien decía algo y nos reíamos, no siempre de lo dicho, sino más bien una risa nerviosa que se nos escapaba involuntaria ante una labor que a las tres de la mañana todavía parecía infinita.

Las horas de correcciones se extendían en ese taller, al principio sin entender del todo cuál era el punto. Tanta precisión, tanto detalle, tanto oficio... Pero al pasar los meses comenzabas a verlo. A veces miraba las láminas y parecía imposible que lo que estaba frente a mí lo hubiera hecho yo.

Sandra Gatica Morales